

recibían en sus delante la fruta que sus amantes desde la copa de los árboles las echaban, y Benito y Leon se ocupaban en limpiarlas para despues comerlas juntos. Cuando ya tenían suficientes bajaron de los árboles; pero Julio tenía un obsequio que hacer á su querida: habia encontrado un nido y fué á presentársele á Adela. Armando no quiso ser ménos, buscó otro y le ofreció á Enriqueta.

De aquí nacieron una multitud de reflexiones sobre la ternura maternal, y de ellas resultó el decretarse la libertad de los animalitos. Los nidos fueron de nuevo colocados en sus sitios, y víéronse al punto bajar sobre ellos una multitud de pájaros que llevaban granitos de trigo en el pico. Sin duda era muy grande el sentimiento de las pobres avecillas: acaso tan grande como el que nosotros experimentaríamos si nos privasen de nuestros padres. — Como el de Emiliano, repuso Julio, cuando le separaron de su madre. — ¿Quién es ese Emiliano? preguntó Enriqueta; y Armando tomando la palabra refirió á la jóven toda la historia de aquel interesante muchacho á quién de dia en dia esperaban en la granja segun habia dicho Palemon.

Mucho interesó á la hija de Delacour este relato y de él dedujo que Emiliano debia ser hijo de algun matrimonio de inclinacion. — ¿Y qué, preguntó Armando, solo estos casamientos son desgraciados? — Yo creo que lo son todos los que se contraen contra la voluntad de nuestros superiores. — Pero cuando están autorizados con la bendicion paternal ¿hay acaso estado mas feliz? — No le hay, respondió Julio dando un profundo suspiro. — ¿Qué es esto? dijo Benito, aquí todos suspiran. — ¿No ves, dijo Leon, que todos aman? Armando quiere á Enriqueta, y hace bien porque lo merece, y Julio ama á nuestra Adela. Si; yo lo digo, no os pongáis ahora colorados.

Enriqueta miró timidamente á Armando, el cual dijo: Yo por mi parte lo confieso. — Yo tambien, añadió Julio. Leon les hizo observar que al ménos debian agradecerle el haberles ahorrado el trabajo de una penosa declaracion, sobre lo cual se dijeron mil chistes unos á otros.

Esta conversacion duraba todavía poco ántes de comer, cuando vieron llegar un coche del cual salieron dos señoras de edad, la una mas que la otra, un caballero, una jóven graciosísima y un muchacho á quien al momento conocieron por Emiliano. Al instante corrieron á abrazarle los hijos de Palemon, y este entre tanto recibió con la mayor cordialidad al caballero y la señora, dándoles

la bienvenida á su posesion. — Aquí tenéis á mis padres, dijo Emiliano. — Sí, añadió Brigida, por fin quiso Dios que los hallase.

Despues de los cumplidos ordinarios y de haber descansado un rato, comieron alegremente, haciendo á Emiliano incesantes preguntas relativas á sus aventuras, y les prometió satisfacer su curiosidad por la tarde. Llegada la hora de la reunion, la madre de Emiliano se encargó de referir sus propios sucesos, para continuar con los de su hijo, lo que verificó en esta forma:

Continúa la historia de Emiliano

Ántes de relatar los sucesos ocurridos durante el curso de mi vida, debo deciros algo de las aventuras de mi padre, para que conozcáis las causas que determinaron á un tio, el mas avaro y perverso, para perseguirme y perseguir á mi esposo y á mi hijo. Mi padre, que se llamaba Dubourg, era comerciante y tenía un hermano mayor, tambien dedicado al comercio, el cual se habia arruinado varias veces por sus falsas especulaciones. En muchas ocasiones le habia ayudado mi padre con su crédito y caudal; pero este hermano, sin principios y sin conducta, acababa de perderse incurriendo en una fraudulenta quiebra. Mi padre, cansado de disminuir, por favorecer á un hombre tan disipado, el caudal que me pertenecia como hija única, pues mi madre habia ya muerto; y viendo por otra parte que ningun sacrificio sería bastante para reanimar el crédito de su hermano, tomó el partido de negarle todos los auxilios, y al mismo tiempo manejarse de modo que nadie censurase el que no socorriese á su hermano. Para este efecto hizo circular la voz de que una quiebra, aun mas fuerte que la de su hermano, le precipitaba en el abismo de la miseria. Representó su papel tan bien, que lo creyeron todos, y mi tio el primero, el cual todavía esperaba auxilios de su hermano, y ya se veia sin la menor esperanza. Pero mi padre que no tenia deudas, y por consiguiente á nadie hacia perjuicio, vendió secretamente sus bienes raices y todo cuanto poseia, reduciéndolo á dinero que encerró en un cofre de hierro. Queriendo huir de su país, donde le avergonzaban las infamias de su hermano, se propuso llevarme á un país extranjero, y allí entregarse de nuevo al comercio, y cuidar de mi educacion y mi fortuna.

Ya habia despedido á sus criados; las maletas estaban preparadas y en una de ellas habia puesto su cofrecillo de hierro lleno

de oro; pero ántes de partir envió á llamar á Lecterc su cajero, á quien habia colmado de regalos y que era de toda su confianza. Estando pues los dos solos, mi padre le dijo : Amigo, ya que nos hemos criado juntos desde nuestros primeros años, y siempre has correspondido fielmente á tus obligaciones, nada debo reservarte, y no quiero que como todos creas que estoy totalmente arruinado; no, amigo mio : veo que estás muy contristado por la idea de mi ruina, y debo consolarte. Sabe, pues, que poseo mas de doscientas mil libras en oro ; guarda en tu corazon este secreto y despedámonos sin esta pena. En cualquiera parte que determine establecerme te escribiré y mantendré contigo miéntras viva la justa correspondencia que debo á tu cariño y probidad.

El anciano Leclerc, gozosísimo de que su amigo no fuese tan desdichado como él habia creído, registró el cofrecillo, contó alegremente la cantidad que contenia, abrazó á mi padre, le prometió el secreto, y se despidió de él deseándole un próspero viaje.

Íbamos ya á partir, el coche nos esperaba, cuando á mi padre, que era muy grueso y sanguíneo, le acometió un accidente apoplético, cayendo sin sentido, y muriendo de allí á pocos minutos. Tenia yo entónces cuatro años ; pero conservo este doloroso caso tan presente como si acabara de suceder. Yo llenaba la casa de descompasados gritos, miéntras que unos vecinos officiosos (pues no teníamos ya criado alguno), informados del suceso, se apresuraron á dar parte de lo ocurrido á mi tio. Llegó Mr. Dubourg muy sofocado, se arrojó sobre el helado cuerpo de su hermano, é hizo cuantos extremos de dolor puede sugerir el amor fraternal. ¡ Qué desgracia ! decia, ¡ qué desgracia para esta pobre criatura ! ¡ perder su padre en tan tierna edad ! ¿ qué será de ella ? ¡ Yo me veo arruinado y tambien lo estaba su padre ! yo no puedo encargarme de ella, no es posible... ¿ cómo la he de educar ? ¡ Aun si le hubiera quedado algo á su padre ! pero todo lo vendió para pagar á sus acreedores. Estas maletas... ¿ qué ha de haber en ellas ? algunas ropas suyas y de su hija... ¿ pero por qué á este hombre le habia ocurrido expatriarse ? sin duda que el dolor de verse precisado á abandonar su país le ha causado la muerte. ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! Buenas gentes, dijo á los vecinos, hacedme el favor de recoger esta pobre niña, miéntras yo examino si han quedado algunos papeles útiles ú otra cosa.... En fin, es preciso registrarlo todo. No sé cómo ha sido.... — Yo sabía los asuntos de mi hermano como los míos... parecia imposible....

Al cabo, yo soy el único pariente que la queda á Carolina : llevadla, llevadla por Dios, miéntras yo lo registro todo.

Uno de los vecinos me llevó á su casa, y miéntras este procuraba consolarme, mi tio se encerró en el cuarto donde todavía estaba tendido el cadáver. Yo no sé si mi tio, ó porque no daba entero crédito á la quiebra fingida de mi padre, ó por un simple motivo de curiosidad, quiso registrar las maletas ; pero sea de esto lo que fuere, quedó atónito al hallar un cofrecillo tan pesado que apenas podia levantarle. Buscó cuidadosamente la llave, y la halló juntamente con otras en uno de los bolsillos de la casaca del difunto. Abrió.... ¡ qué sorpresa tan agradable ! ¡ qué alegría sería la suya al ver tanto oro, muchas letras de cambio, y várias ricas alhajas ! El malvado cerró el cofre, le ocultó en un sitio muy retirado, llamó á los vecinos, y les dijo : Venid á ver qué rica herencia ; ¿ no lo habia yo dicho ? unos miserables vestidos : á esto se reduce todo ; ni hay con que pagar el entierro. Sed testigos todos de tan opulento patrimonio : mirad esta maleta.... esta otra... Yo no puedo encargarme de la niña : será preciso llevarla á una casa de caridad. — ¡ Santo Dios ! exclamaron los vecinos, ¡ llevar á una casa de caridad á una criatura tan hermosa ! no por cierto ; nosotros nos encargaremos de ella, aunque sea contribuyendo cada cual con alguna cosa. — ¡ Me agrada, dijo mi tio, semejante rasgo, que declara la bondad de vuestros corazones ! ¡ no permita el cielo que yo me muestre ménos generoso que vosotros con una sobrina mia ! y así aunque nada deja mi pobre hermano, y yo tambien estoy miserable, quiero llevarme la niña. Trabajaré cuanto pueda para mantenerla ; no tengo hijos, y haré cuenta que Dios me ha dado una hija. Ven, querida, ven á los brazos de tu tio, que nunca te abandonará. ¡ Oh hermano ! tú que me has tratado muchas veces con tanta dureza, ¡ ojalá que pudieras ser testigo de lo que hago por tu hija ! pero no pensemos sino en disponer su entierro y llevar á mi casa todos estos despreciables efectos.

Los vecinos, persuadidos por la voz pública de que mi padre habia muerto en la mayor pobreza, se retiraron al ver que de todo se habia encargado mi tio, el cual se llevó la llave de la casa, y me condujo á la suya. Era soltero, no tenia criado, y habitaba en una especie de boardilla. Aunque yo era de tan tierna edad, esta mutacion me fué muy dolorosa, y parece que adivinaba las infinitas desgracias que luego habian de sucederme.

Á la mañana siguiente enterraron á mi padre ; y mi tio, para

echar el sello á su refinada hipocresía, tuvo muy buen cuidado de pedir en la parroquia que le enterrasen de limosna. Despues hizo traer á su cuarto las maletas; pero por sí mismo trajo de noche el precioso cofre. Dos dias despues me puso en casa de unas pobres mujeres, donde estuve hasta la edad de diez años trabajando en labores ordinarias, vestida con la mayor humildad, y sin comer lo suficiente á satisfacer mi apetito, ó por mejor decir mi hambre.

Mr. Dubourg enriquecido, como desde luego se conoce, con las doscientas mil libras que le habia valido mi herencia, procuró no ostentar conveniencias en los primeros años. Obtuvo tiempo de sus acreedores para pagarles poco á poco, y lo hizo; renovó su comercio, y corregido por sus anteriores desgracias, se hizo avaro tanto como habia sido pródigo. Tenia yo diez años cuando mi tio, que ya rayaba en los sesenta, arregló todos sus negocios, y se retiró del comercio. Habia comprado una casa muy buena en Paris, donde vivia retirado conmigo y una ama de gobierno. Yo que apenas habia conocido á mi padre, y creia que habia muerto en la mayor pobreza, daba entero crédito á lo que me decia mi tio: que á no ser por él habria yo experimentado los crueles extremos de la indigencia, y que por consiguiente le debia el mas profundo reconocimiento. Por esta razon, y á pesar de su dureza, altivez y consumada avaricia, la gratitud me le hacia respetar como á un tierno padre. Así viví con él seis años, ocupándome en el cuidado de la casa. Se habia cargado de humores, consecuencia precisa de la mala conducta de su juventud y de algunas enfermedades, por lo cual tenia insufribles impertinencias; de modo que yo no disfrutaba de la menor diversion. Casi no salia de casa: solo cuando lo verificaba mi tio, le acompañaba; y por la noche le leia algunos libros serios, ó jugaba con él á los cientos. Añadid á estas mortificaciones la continua presencia de una vieja ridícula, de maldito genio y muy envidiosa, y conoceréis qué género de vida tuve hasta la edad de diez y seis años, edad del amor y de la razon, en la cual comienzan mis particulares y personales sucesos. Prestadme toda vuestra atencion.

* Mi tio siempre habia sido amigo de un cierto conde de Armance, á quien en otro tiempo habia prestado algun dinero que jamas logró recobrar. Era este hombre de cuarenta años poco mas ó ménos, viudo, pero con familia; gastaba mucha ostentacion, y se preciaba de tener grande influjo en la corte. M. Dubourg atendia escrupulosamente á mantener amistad con este caballero; y

aunque yo no sabia el motivo, veia que delante de él se manifestaba muy humilde y respetuoso. Pero el conde, que de cuando en cuando venia á visitarle, tenia un objeto que mi tio estaba muy léjos de sospechar: me habia visto, yo le gustaba, y habia formado acerca de mi criminales designios. Tenia el conde un secretario jóven, tan amable como aborrecible su amo: llamábase Leclerc, y estaba dotado de cuantas prendas y bellas cualidades adornan á un hombre. Muchas veces venia Leclerc á traernos cartas ó algunos simples regalos de parte del conde, y siempre que se presentaba, con sus miradas y suspiros me daba á entender que yo habia rendido su corazon; me complacia de ello, y con el mismo lenguaje mudo le aseguraba que no me era indiferente. Así nos entendíamos sin habernos hablado de amores. El conde, que le queria mucho, le traia várias veces á nuestra casa: yo, para ver con mas frecuencia á Leclerc, suplicaba al conde que nos favoreciese mas á menudo con su presencia; y aunque este interpretaba en su favor mis demostraciones, Leclerc conocia su verdadero espíritu, y sabia cuál era la verdadera causa de mis deseos; así, en cuanto podia empeñaba á su amo á que concurriese á casa de Mr. Dubourg. Todo se hallaba en esta disposicion, cuando un dia el conde, viéndome sola, se atrevió á declararme su amor, cosa que me sorprendió mucho y aun me inspiró grandes cuidados. Sabia yo que este hombre podia disponer libremente de su mano, conocia el carácter ambicioso del avaro Dubourg, y temia que me sacrificase á la grandeza y opulencia. Señor, respondí al conde delante de Leclerc, que no podia disimular su agitacion, mucho honor me hacéis; pero conozco que sois muy delicado, y por tanto no querréis aspirar á mi mano sin obtener mi corazon. Si este no consultase mas que la elevacion y la fortuna, os hubiera preferido; pero por desgracia solo atiende á la voz del amor, y no tiene libertad para disponer de sí mismo. — ¡ No tiene libertad! exclamaron á un tiempo el conde y Leclerc. — No, señor conde: yo amo á un jóven lleno de mérito, y me lisonjeo de que secretamente corresponde á mi afecto. Le veo con frecuencia, está... en esta casa, y nunca nos hemos declarado nuestra reciproca pasion; pero os protesto á entrambos que él será mi esposo, ó acabaré mis dias en un claustro.

Demasiado atrevimiento era para una persona de mi edad hacer semejante declaracion á un amante en presencia de su rival; pero este era tan orgulloso, y tenia tanta confianza en su secretario, que no sospechó que este pudiera ser el objeto de mi amor.

Leclerc, por mucho que procuré reprimir mis ojos, adivinó el sentido de mis palabras, y faltó muy poco para que le descubriesen los ímpetus de su regocijo interior. El conde, despues de haber reflexionado un poco, me dijo : Señorita, ese es un amor bien inesperado : ¿ nunca se le habéis participado á vuestro tío, ó á alguno de vuestros amigos? — Nunca. — ¿ Y ese jóven se halla en esta casa? — Sí por cierto. — Á la verdad que no alcanzo... ¿ Y tiene padre? — No, señor; pero tiene un superior molestísimo que le violenta en gran manera. — Siendo así, si tiene facultades, si está establecido decentemente, es preciso que sea esposo vuestro. — Eso es lo que yo deseo. — Mucho temo, señorita, que todo eso sea pura invencion para retraerme de mi pretension; pero yo lo sabré : participaré á vuestro tío esos sentimientos, y veremos. — Muy bien; veremos.

Picado estaba el conde y yo tambien; Leclerc temblaba, y ninguno de los actores de esta escena se hallaba satisfecho; pero al instante conocí la imprudencia que me habian hecho cometer el despecho y el odio que profesaba al conde. Fué este á verse con mi tío, y le pintó mi oculta pasion con tan ridículos rasgos, que Mr. Dubourg, asegurándole que en la casa no habia jóven alguno sobre quien pudieran recaer mis expresiones, le ofreció reprenderme, y obligarme á corresponder á sus deseos. Comieron aquel dia con nosotros el conde y Leclerc. Mr. Dubourg nada me dijo : por la noche hubo un poco de música, y Leclerc, á instancias mias, cantó al piano los siguientes versos, cuyo sentido penetré al instante.

Silencio, corazon mio,
no reveles tu pasion;
de la llama que te abrasa
no dejes ver el fulgor.

¿ Qué mas de tu Anarda bella
deseas si la ocasion
permite que de sus ojos
admires el esplendor,

Y que en sus tiernas miradas
leas el sumo favor
que benévola á tus ansias
rinde á tu casta intencion?

¿ No ves sus rosados labios
que envidia dan al amor
cuál sonríen hechiceros
con entusiasta expresion?

¿ De tus suspiros no escuchas
el eco consolador
en los que el pecho de Anarda
levuelve con aficion?

Pues si ves cuán amorosa
te paga ardor con ardor,
de la llama que te abrasa
no dejes ver el fulgor.

Al otro dia, mi tío me reconvinó agriamente por haber despreciado el amor del conde, y quiso á toda costa que le manifestase quién era mi amante : no habiendo podido lograrlo, despidió al maestro de música y cerró la casa á los pocos amigos que la frecuentaban, con lo cual quedámos en el mayor aislamiento. Además dijo que el conde deseaba casarse conmigo, pero de secreto, porque las conexiones que el conde tenia en la corte no le permitian hacer público un casamiento tan desigual, y que debía disponerme á recibir su mano, amenazándome con que de no hacerlo así me arrojaría de su casa. Desde entónces solo el conde y Leclerc tenian entrada franca en casa, y á instancia del primero le fué permitido á mi amante hablarme en secreto á fin de que pudiese convencerme á que amase al conde. Fácil es de imaginar que Leclerc no desperdiciaría los preciosos momentos que estábamos solos, en hablar en favor de otro, teniendo tanto en que ocuparse de sí mismo.

El amable secretario del conde estaba mas enterado que yo de lo que concernia á mis intereses. Carolina, me dijo en la primera entrevista secreta que tuvimos, os conozco y os amo desde vuestra infancia; soy hijo de aquel cajero que tuvo vuestro padre, y á quien hizo dueño de toda su confianza. Antes de morir hizo retirar á todos, y me refirió la conversacion que habia tenido con vuestro padre al tiempo que estaba para viajar, y añadió : yo nada sé; pero estoy creyendo que alguno le habrá robado al buen Mr. Dubourg; y si así fuere, si tú le encuentras alguna vez en el mundo, ó á su hija, ó á sus herederos, infórmate del cofrecillo; procura indagar la suerte de un hombre á quien debo la corta

herencia que te dejo. Hijo mio, este secreto que debí á su confianza es justo que yo le deposite en tu pecho, pues voy á dejar mi existencia. Sobre todo, te encargo que si fueres á Paris te informes de este hombre, de su hija, y del cofrecillo que no puedo desear de mi imaginacion.

En efecto, era admirable que este cofrecillo, donde estaba depositada toda la fortuna de vuestro padre, diese tanto que pensar á un anciano en los últimos instantes de su vida. Pero parece que algunas veces presentimos las desgracias que deben sucedernos, ó á los que profesamos particular cariño : mi padre lo experimentaba así, y yo le prometí cumplir exactamente su voluntad. Espiró en fin, y despues de haber cumplido cuantas obligaciones me competian en tal caso, auxiliado de un tio que quiso ser mi tutor, vendí las pocas posesiones que heredé, y su producto lo puse á ganancias : despues de todo esto me vine á Paris, donde mi primer cuidado fué informarme de vuestro padre en la misma casa que habitó. Grande fué mi sorpresa cuando los vecinos me dijeron que habia muerto una hora ántes de su partida, al siguiente dia del en que fué mi padre á verle por última vez. Pregunté por Carolina, y me dijeron que su tio se la habia llevado y la tenia consigo ; hice todas las demas preguntas que me parecieron oportunas, y solo me contestaron que vuestro tio habia estado algunas horas encerrado en el cuarto del difunto, registrando todo su equipaje, y que despues hizo á los vecinos testigos de la miseria en que habia muerto su hermano : con lo que recogiendo cuanto halló, se retiró á su casa.

Estuve para exclamar ¡qué pícaro! pero me contuve por no aventurar el secreto dando que sospechar. Así pues, sin detenerme en profundizar este asunto, que su fondo nada me interesaba, solo traté de buscar algun acomodo que pudiese proporcionarme medios de subsistir y aumentar mis cortos bienes. Necesitaba secretario el conde de Armance : me presentaron á él, me admitió, y continuó como veis en servirle. Debo ahora deciros, amable Carolina, lo que me obliga á revelaros el secreto de vuestro padre y del mio. El conde es un necio, libertino y de mala intencion. Mil veces le hubiera dejado, á no ser por la esperanza de lograr con su influjo algun destino en que poder adelantar. Es hombre disipador : siempre está pidiendo prestado ; pero lo que con una mano recibe, lo prodiga con las dos, de modo que yo tengo mas gratificaciones que sueldo. Por tanto, contemporizo con él, soy su íntimo confidente ; y lo celebro infinito, porque así es-

toy instruido de todos los proyectos que forma contra vos. — ¿Contra mí? — Sí, señora ; este hombre, desnudo de toda probidad, ha prometido á vuestro tio que se casaria con vos de secreto, por no indisponerse con su familia ; pues sabed que lo que quiere hacer es un matrimonio fingido : su ayuda de cámara ha de hacer las funciones de párroco, con que nada mas tengo que advertiros. — ¡ Oh cielos ! — Cuando me comunicó su intencion procuré ocultar mi indignacion ; y haciéndome el admirado, le pregunté por qué no se resolvía á contraer un enlace legitimo, á lo que me respondió : ¿ Qué quieres, Leclerc ? esa muchacha es pobrísima ; su tio, avaro sobre todos los que lo son, dice que la ha criado por caridad, porque su padre no habia dejado mas que deudas : si este maldito tio se quisiera sangrar dándola un buen dote..... pero no, no ; ni aun de ese modo : pienso tratar este asunto solo por puro entretenimiento.

Al instante me acordé de la historia del cofrecillo, que casi se me habia olvidado, y vi claramente que se lo habia apropiado vuestro honradísimo tio, sin participárselo á nadie. Todo esto me ha inspirado un proyecto que voy á comunicaros. Mi padre me hizo tan puntual descripcion del cofrecillo, que no puedo engañarme acerca de su figura y construccion. Es prolongado, todo de hierro, un gran círculo dorado en la cubierta, y tiene dos cerraduras ; en lo interior hay varias divisiones donde estaban los luises de oro en rollos ; y en el fondo ha de haber un secreto destinado á ocultar papeles importantes y letras de cambio. Es menester que os apoderéis de este cofrecillo ; ¿ nunca le habéis visto ? ¿ no tiene vuestro tio algun guardamuebles?... — Mi tio tiene en su gabinete un guardaropa que nunca he registrado, porque á nadie da las llaves. — Pues es forzoso, hermosa Carolina, que busquéis el cofrecillo, y hacer de modo que llegue á mi poder por cualesquiera medios. La astucia en semejante caso no es roprensible, porque se trata de que recobréis vuestros bienes, y de confundir á un pícaro.

Conoci que Leclerc tenia razon, y prometí hacer cuanto estuviera de mi parte. Cuando ya quedámos conformes sobre este importante asunto, le dije : Para entretener al conde y ganar nosotros tiempo, le haréis presente que exijo de él que me dé su mano públicamente, para usar en todas partes, como es justo, el título de condesa ; que quiero vivir en la misma casa que ocupa ; que quiero coches, caballos, y todo el tren correspondiente á la

clase en que tengo de entrar; y finalmente, que ántes de verificarse nuestro matrimonio, me ha de presentar á todos sus parientes é interesados. Ya veis que no es posible que su orgullo admita semejantes condiciones. No pude decirle mas, porque á esta sazón entró mi tío. Leclerc se retiró prometiéndome que participaría cuanto yo le habia dicho á su amo el conde. Mi tío quiso tambien que yo le confiase mis ideas; y haciéndome ántes un gran mérito de mi complacencia, le dije con toda individualidad las proposiciones que acababa de hacer al conde por medio de su secretario. Mi tío, meneando la cabeza, me dijo que era una loca, y que mis pretensiones eran descabelladas; que una mujer como yo, sin bienes ni nacimiento, no tenia derecho para exigir los títulos y derechos correspondientes á las señoras de la alta clase; en una palabra: Mr. Dubourg se encolerizó, y yo le dije que precisamente porque conocia que se habia de enojar, habia querido, ántes de consultarle, manifestar mis sentimientos al secretario del conde. Se retiró despidiéndose de mí con desprecio, y yo le correspondí con desden.

Se me habia hecho odioso desde este momento. Léjos de mirarle como á mi bienhechor, no veia en él sino un hombre sin fe, sin honor y sin probidad. ¡Cómo! decia yo para mí, ¡él disfrutaba mis bienes, y me trataba con tanta dureza y economía! ¡me ha criado por caridad!.... ¡qué horror! Cuanto mas despreciable me parecia este hombre, tanto mas recomendable en mi pecho se hacia el jóven Leclerc, á quien debia tan favorables noticias, y que no trataba sino de mi felicidad. El amor era el único sentimiento que podia dominarme: yo amaba á Leclerc, y detestaba á Dubourg y al vil Armance, cuyos odiosos proyectos me inspiraban á un mismo tiempo horror é indignacion. Entre tanto no me descuidaba en hacer lo posible para averiguar si el cofrecillo estaba todavía en poder de mi tío, sin excitar sus sospechas; y no tardó el cielo en proporcionarme una ocasion favorable.

Aquí Palemon advirtió á sus huéspedes que la noche se acercaba, y que tenian que andar bastante hasta la antigua habitacion de Brígida. En consecuencia madama Leclerc y toda su comitiva volvieron á tomar el coche, y se despidieron hasta el dia siguiente, en que se continuaria una historia que tenia embelesados á los muchachos.

TARDE XLV

LA FELICIDAD MUNDANA

Tras una vaga ilusion
Corres, si dicha cabal
Pretendes en este val
De inquietudes y afliccion;
Dirige tu inclinacion
Á otro bien mas superior,
Que la dicha es una flor
De cualidades divinas;
Y no hay rosa sin espinas,
Ni aquí hay dicha sin dolor.

Sobremanera impacientes estaban nuestros amiguitos esperando la llegada de Emiliano y sus padres; oyeron el carruaje, y pasado un momento los vieron entrar en la quinta, donde despues de haber aceptado un frugal refrigerio que Palemon les ofreció, continuó Carolina su narracion en estos términos:

Continúa la historia de Emiliano.

Ayer os dije que en breve se me proporcionó ocasion de descubrir el precioso cofrecillo. Mi tío tenia la costumbre de dormir una ó dos horas despues de comer; y durante este sueño, tuve un dia proporcion para quitarle las llaves del armario que estaba en su gabinete. Registré, y entre varias ropas hallé la alhaja que